

AMBOS MUNDOS

Susana  
Sueiro Seoane

# El anarquista errante

La aventura transatlántica  
del tipógrafo Pedro Esteve  
(1865-1925)



SUSANA SUEIRO SEOANE

# **EL ANARQUISTA ERRANTE**

**La aventura transatlántica  
del tipógrafo Pedro Esteve  
(1865-1925)**

Marcial Pons Historia  
2024

La edición de este libro ha contado con una ayuda del proyecto de investigación «Las migraciones atlánticas como agentes de circulación de ideas y prácticas culturales en la primera mitad del siglo XX» (referencia PID2019-107173GB-I00) financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.



Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

- © Susana Sueiro Seoane
- © Marcial Pons, Ediciones de Historia, S. A.  
San Sotero, 6 - 28037 Madrid  
☎ 91 304 33 03  
[edicioneshistoria@marcialpons.es](mailto:edicioneshistoria@marcialpons.es)  
ISBN: 978-84-18752-82-7  
Depósito legal: M. 1.601-2024  
Cubierta: Ene Estudio Gráfico  
Fotocomposición: Francisco Javier Rodríguez Albite  
Impresión: Artes Gráficas Huertas, S. L.  
Madrid, 2024

# ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
INTRODUCCIÓN .....	13
Un encuentro fortuito con un personaje escurridizo .....	13
Biografía y narración .....	24
CAPÍTULO 1. LA IMPRENTA LA ACADEMIA .....	29
Los primeros internacionalistas españoles.....	29
Obrero e hijo de obreros.....	32
Anarquismo y republicanismo federal, una misma raíz .....	38
Anarquistas y republicanos en La Academia.....	41
Aires de libertad .....	43
Los tipógrafos barceloneses .....	45
El círculo librepensador La Luz .....	47
El magnetismo de Tarrida del Mármol .....	49
El círculo obrero La Regeneración .....	53
La revista <i>Acracia</i> .....	57
Conferencias obreras en el Ateneo barcelonés.....	60
CAPÍTULO 2. <i>EL PRODUCTOR DE BARCELONA</i> .....	67
La más importante publicación del anarquismo español de fines del siglo XIX.....	67
El debate entre colectivismo y comunismo .....	77
El Congreso de Londres de 1881 y la «propaganda por el hecho» .....	82
La represión de la Mano Negra, el gran revulsivo.....	87
El primer certamen socialista (Reus) .....	90
Un cubano de Nueva York entra en escena.....	92
La tragedia de Haymarket.....	94
Las crónicas de J. C. Campos y su influencia en España.....	100

	<u>Pág.</u>
El Segundo Certamen Socialista (Barcelona) .....	104
Los mártires de Chicago, una revelación para muchos jóvenes radicales.....	106
 CAPÍTULO 3. EL «ANARQUISMO SIN ADJETIVOS» Y LA LU- CHA A FAVOR DE LAS OCHO HORAS .....	 115
Esteve se prodiga.....	115
La disolución de la FTRE.....	124
El grupo Benevento.....	127
Anarquismo sin adjetivos .....	130
El encuentro con Malatesta.....	133
Organización <i>vs.</i> anti-organización.....	144
El Congreso de París y la primera celebración del Primero de Mayo .	147
La lucha coordinada a favor de las ocho horas.....	154
El Congreso de Bruselas.....	157
 CAPÍTULO 4. LA GIRA DE PROPAGANDA DE ESTEVE Y MALATESTA Y LA OCUPACIÓN ANARQUISTA DE JEREZ DE LA FRONTERA .....	 167
La celebración del 11 de noviembre como catalizador .....	167
La gira prosigue fuera de Cataluña .....	170
La revuelta de Jerez y su interpretación.....	176
Juicio y garrote vil.....	185
El salto a Estados Unidos de dos redactores de <i>El Productor</i> .....	187
Dispersión y exilio a América .....	191
 CAPÍTULO 5. EL ENCUENTRO CON AMÉRICA. EL PERIÓ- DICO <i>EL DESPERTAR</i> DE BROOKLYN.....	 203
Primeras impresiones .....	203
El grupo hispano-cubano Parsons .....	212
El mundo de las tabaquerías y los «lectores» .....	229
Pedro Esteve, figura primordial de <i>El Despertar</i> .....	234
<i>El Despertar</i> y los asuntos de España .....	238
<i>El Despertar</i> y los héroes del martirologio anarquista .....	242
La conferencia anarquista de Chicago de 1893 .....	257
 CAPÍTULO 6. EL ENCUENTRO CON CUBA. LOS PERIÓDICOS <i>LA ALARMA</i> Y <i>ARCHIVO SOCIAL</i> DE LA HABANA.....	 279
Antecedentes anarquistas cubanos .....	279
Enrique Creci, figura clave.....	283

	<u>Pág.</u>
La fundación de <i>La Alarma</i> .....	287
La continuación de <i>La Alarma: Archivo Social</i> .....	294
El giro hacia el independentismo del anarquismo cubano .....	298
El tema cubano en <i>El Despertar</i> .....	303
La quiebra del equipo editorial de <i>El Despertar</i> a propósito de Cuba .	309
Dispersión y muerte de Creci.....	314
CAPÍTULO 7. LA CONEXIÓN TAMPA-LA HABANA-NUEVA YORK. EL PERIÓDICO <i>EL ESCLAVO DE TAMPA</i> .....	321
Primera estancia de Esteve en Tampa.....	321
La creación de Ybor City .....	323
El grupo editor de <i>El Esclavo</i> de Tampa.....	326
Huelgas en las tabaquerías tampeñas.....	331
Propaganda por el hecho y otras similitudes con <i>El Despertar</i> .....	335
La cuestión cubana en <i>El Esclavo</i> .....	341
El anarquismo en la Cuba poscolonial. <i>El Nuevo Ideal</i> de La Habana ...	350
CAPÍTULO 8. <i>EL CORSARIO DE LA CORUÑA EN LA RED TRANSNACIONAL DE PERIÓDICOS DE ESTEVE</i> .....	361
La Coruña toma el relevo de Barcelona.....	361
Vicente García, personaje esencial de la red.....	365
El enlace La Coruña-Nueva York-Tampa... y Buenos Aires-La Habana.	375
Un órgano más, partidario de la propaganda por el hecho.....	383
Dificultades económicas, hostigamiento policial, cierre y marcha de Vicente García a Inglaterra .....	386
CAPÍTULO 9. LA CAMPAÑA INTERNACIONAL POR LOS PRE- SOS DE MONTJUICH, EL ASESINATO DE CÁNOVAS Y LA CONEXIÓN CUBANA.....	397
El atentado de Cambios Nuevos.....	397
El destierro de los procesados y la campaña internacional.....	401
La labor de Esteve desde Estados Unidos .....	404
La urdimbre transnacional del asesinato de Cánovas .....	408
Angiolillo, el doctor Betances y la conexión cubana.....	412
La campaña para la revisión del proceso. <i>La Revista Blanca</i> , nodo del anarquismo transnacional .....	417
La resaca de Montjuich .....	423

	<u>Pág.</u>
CAPÍTULO 10. EL GRUPO DIRITTO ALL'ESISTENZA Y EL PERIÓDICO <i>LA QUESTIONE SOCIALE</i> DE PATERSON, NUEVA JERSEY .....	433
La ciudad anarquista de la seda .....	433
Una tejedora llamada María Roda .....	435
<i>La Questione Sociale</i> : un poco de historia.....	445
El carisma de Pietro Gori.....	449
Esteve, director del periódico italiano .....	457
<i>Organizzatori</i> vs. <i>antiorganizzatori</i> .....	460
La visita de Malatesta a Paterson .....	466
La visita de Malatesta a Tampa y Cuba.....	470
Ciancabilla funda <i>L'Aurora</i> .....	475
 CAPÍTULO 11. LA CONEXIÓN PATERSON-TAMPA Y EL ASESINATO DEL REY DE ITALIA .....	 485
Un tejedor llamado Gaetano Bresci.....	485
Esteve, líder de los anarquistas italianos.....	490
A propósito de un regicidio .....	504
<i>L'Alba Sociale</i> y <i>La Federación</i> de Tampa, dos nuevos periódicos en la red de Esteve .....	517
La huelga de tabaqueros de 1901.....	524
 CAPÍTULO 12. EL ASESINATO DEL PRESIDENTE DE ESTADOS UNIDOS, MCKINLEY .....	 539
Leon Czolgosz .....	539
Paterson, de nuevo bajo sospecha.....	543
Discrepancias anarquistas sobre Czolgosz.....	549
El final de <i>El Despertar</i> y el pánico antianarquista .....	556
Luigi Galeani y la huelga de Paterson de 1902.....	559
El final de <i>La Questione Sociale</i> y su continuación: <i>L'Era Nuova</i> .....	567
La publicación de <i>Doctrina</i> en Paterson.....	572
 EPÍLOGO.....	 583
 NOTAS.....	 599
 BIBLIOGRAFÍA .....	 649
 ÍNDICE ANALÍTICO .....	 679

# INTRODUCCIÓN

## **Un encuentro fortuito con un personaje escurridizo**

Esta investigación se sitúa en las décadas finales del siglo XIX y las primeras del XX, una época en que el movimiento anarquista tuvo considerable influencia y presencia pública en el mundo. Las ideas anarquistas circularon entonces intensamente por toda Europa y desde Europa se difundieron ampliamente por el continente americano. Sus adeptos se referían constantemente en sus escritos y discursos a que luchaban por el Ideal, con mayúsculas, el ideal como sinónimo de la futura sociedad libertaria, justa e igualitaria, en la que la emancipación de la humanidad se habría por fin conseguido.

Al final del siglo XIX se produjo una crisis cultural y espiritual, unida a un fuerte malestar social que percibía un mundo en profunda decadencia política, social y moral, que para muchos solo podría regenerarse a base de una transformación radical. Un mundo de injusticia, de afán desmedido de riquezas y de descomposición social, que más pronto que tarde, según la concepción apocalíptica del anarquismo, tendría que derrumbarse para generar, de sus ruinas, un mundo nuevo. En esa sociedad corrompida solo cabía diseminar la semilla anarquista, con sus valores de solidaridad, fraternidad, amor y redención universal.

La cultura política anarquista estuvo en constante reelaboración y transformación. Algunos individuos desempeñaron un papel especialmente relevante como agentes, constructores e intérpretes de un discurso y una visión del mundo, definiendo y dando sentido a los medios y fines de la acción política. El personaje central de esta historia, Pedro

Esteve, resultó ser uno de ellos. Me encontré con él de forma casual. A medida que me sumergía en la investigación, el personaje y su contexto se fueron volviendo crecientemente complejos; me fui tropezando con los nombres de otras figuras, individuos cuyas vidas atravesaron fronteras lingüísticas, políticas, culturales, sobre los cuales había poca o ninguna información; algunas eran personas que simplemente se hallaban fuera del registro histórico. La tarea que se me presentó fue la de construir una serie de biografías cruzadas, tanto individuales como de grupo. La vida de Esteve, las vicisitudes de su red de correligionarios y amigos, y su actividad dentro del movimiento obrero hispano en Estados Unidos se convirtieron en mi particular rompecabezas y mi propósito ha sido lograr que las piezas encajaran.

Esta no es solo la historia de Pedro Esteve, sino la historia de una red de individuos, importantes todos en la vida de Esteve, y que, juntos, conforman una red transnacional, que se expandió por diversos países de varios continentes. A través de las relaciones de una minoría cualificada de anarquistas, que hizo el papel de enlace, se conectaron entre sí los distintos movimientos anarquistas de Europa y América. He querido recuperar a algunos de estos personajes. Indagar sobre quiénes eran, cuáles eran sus ideas y qué relaciones establecieron entre ellos ayuda a entender la evolución del movimiento. No eran muy numerosos estos individuos, pero los vínculos entre ellos eran estrechos. Me interesan sus encuentros, sus enlaces, su interacción a un lado y otro del Atlántico. Me interesa sobre todo rastrear los canales de comunicación, indagar en los intensos diálogos, interdependencias e influencias mutuas. Estos individuos también son vistos los unos a través de los otros. Conforman una densa —aunque difusa y opaca— red, en cuyo epicentro se sitúa Pedro Esteve. El resultado es un retrato coral o colectivo de trayectorias comunes, pero también en parte divergentes.

Como pensadores, orientadores y guías, los protagonistas de este libro fueron la vanguardia ilustrada, combativa y consciente que habría de encender la chispa de la hoguera revolucionaria. Si la clase obrera era la masa, ellos eran la levadura de la revolución. Atribuían a su función de ideólogos y propagandistas un papel esencial. Eran individuos con prestigio e influencia, solían ser enérgicos polemistas, hablaban en las tribunas, escribían, realizaban tareas educativas. Muchos obreros se hicieron anarquistas, según sus testimonios, escuchándolos en un mitin, o leyendo sus artículos en los periódicos. La

tinta y el papel fue su pasión. Escribieron mucho y decidieron que los periódicos eran su arma preferida.

Estas figuras relevantes tenían una gran conciencia transnacional: aprendían idiomas, se relacionaban con camaradas de muy diversas partes del mundo, traducían unos las obras de los otros para hacerlas circular; viajaban —la movilidad era una característica de los militantes anarquistas—, tendían puentes, cooperaban y, en ocasiones, llegaban a acuerdos prácticos de acción. Había una coordinación. Siguiendo la pista a estos individuos y sus conexiones a través de sus periplos transnacionales, es posible distinguir una clara continuidad de acción dentro del movimiento.

Sorprende que sus contactos fueran tan fluidos, que estuvieran tan estrechamente relacionados. Utilizaban para ello la correspondencia epistolar, a la que con frecuencia dedicaban varias horas al día; y los periódicos que editaban, y que se intercambiaban, hacían de intermediarios poniendo en relación a individuos y grupos anarquistas que enviaban a la redacción circulares, noticias, avisos, proposiciones. Así, una proposición de cualquiera de los miembros de la red podía ser conocida en poco tiempo por todos los demás.

Benedict Anderson publicó en 2008 un sugestivo libro sobre la presencia de un internacionalismo políglota practicado a finales del siglo XIX y principios del XX, cuya principal característica fue el dominio de un «lenguaje internacional» por un número significativo de intelectuales y militantes de diferentes naciones, adaptados a un mundo de Babel. En esa tradición militante se leía, se escribía y se dialogaba en diversas lenguas. José Moya, en un diccionario de historia transnacional publicado en 2009, definía el anarquismo como «el primer y más extendido movimiento transnacional del mundo, organizado desde abajo y sin partidos políticos formales». No tuvo, en efecto, una organización formal ni una estructura definida. Por la propia naturaleza del movimiento, antiautoritario y antijerárquico, no tuvo una jefatura frente a una base, ni un centro frente a una periferia. Pero sí hubo una estrecha red de contactos y conexiones, tanto entre grupos como entre individuos que trascendían el marco de la nación. Había militantes que actuaban como intermediarios o mensajeros cuyo papel de vínculo, de contacto, era fundamental, aunque algunas sean figuras muy poco conocidas.

La dimensión transnacional del anarquismo, que tan obvia resulta, ha sido, sin embargo, descuidada por los historiadores, lo que

supone una evidente carencia historiográfica. Hasta tiempos recientes, el estudio del anarquismo español se ha limitado a España; se ha estudiado la prensa anarquista dejando de lado la prensa en español fuera de España, y, por tanto, se desconoce el inmenso intercambio y transferencia de ideas con América. Los historiadores hemos asumido por lo general un nacionalismo metodológico; las naciones han sido el marco casi exclusivo de nuestros estudios, o al menos han tenido un predominio y una centralidad absolutos. Pero para el estudio del anarquismo, que se mueve en espacios abiertos, sin límites fijos, es un marco demasiado estrecho. El espacio analítico de este trabajo no se confina en una nación. Es una historia de viajes, de cruces, que interconecta relatos de gentes en diversas latitudes.

Las publicaciones anarquistas eran transnacionales, estaban atentas a las luchas que se libraban y a los grupos que se constituían en cualquier lugar del planeta; en ellas colaboraban autores de procedencias diversas, enviaban sus crónicas corresponsales en muchos países que daban cuenta de la actividad de los grupos anarquistas de Europa y América, y muchas publicaciones cruzaban fronteras y océanos, y se distribuían fuera de su país de origen.

Pedro Esteve fue muy consciente de la importancia del transnacionalismo para el desarrollo del movimiento anarquista. Los periódicos que fundó, o en cuya redacción fue figura clave, tanto en España, como luego en Cuba y en Estados Unidos, tuvieron un papel central en esa conexión internacional, con lectores en toda Europa, las Américas y el norte de África, como reflejan las suscripciones y donaciones que de forma regular se publicaban en sus páginas. Fue en Estados Unidos el anarquista español más densamente conectado. Allá donde residió, su casa fue lugar de encuentro y visita obligada de anarquistas de muy variadas procedencias.

Las vías de comunicación transfronteriza del anarquismo están aún pendientes de un estudio en profundidad. Afortunadamente, desde hace un par de décadas, han emergido con fuerza los estudios transnacionales, atlánticos, conectados, o globales. Creo muy aprovechable ese enfoque, que invita a estudiar las transferencias, los intercambios, las redes, así como los flujos y circulación de personas, de ideas, de discursos, que atraviesan territorios, más allá de las fronteras de los Estados-nación. Entiendo la historia transnacional como una «manera de mirar» que no trata de desplazar a otros enfoques históricos, sino de complementarlos.

Los nuevos enfoques de la Historia transnacional son muy aplicables al anarquismo, ya que fue un movimiento en el que se produjo una intensa circulación de ideas por toda Europa y desde Europa se difundieron también ampliamente por el continente americano. Se conocen solo los nudos más visibles de una red transnacional que en gran parte no ha sido aun investigada <sup>1</sup>. Hubo muchos contactos y conexiones, muchos de ellos secretos o al menos discretos, difusos, opacos, lo que hace que sea un objeto de estudio difícil.

Al historiador que mira al anarquismo europeo desde el otro lado del océano Atlántico, y sigue la pista de los anarquistas en sus itinerarios trasatlánticos, se le abre un nuevo y sugerente escenario. Se da cuenta de todo lo que se puede perder si se confina en un marco de análisis exclusivamente nacional. El enfoque nacional que han recibido hasta hace bien poco los estudios anarquistas ha hecho desaparecer de la escena a personas fundamentales en el movimiento, que emigraron, se exiliaron y, en algunos casos, nunca volvieron a España, como es el caso de Pedro Esteve, quien, lejos de desaparecer, estuvo tremendamente activo hasta su prematura muerte en 1925, si bien tuvo como base de operaciones los Estados Unidos.

Al aprender el oficio de tipógrafo, que comparten muchos de los anarquistas más influyentes de la época, Pedro Esteve entró en contacto con un mundo cultural que de otra forma no hubiera tenido a su alcance. Como tantos otros trabajadores manuales, fue un autodidacta. Leyó mucho, aunque vivió siempre dominado por la sensación de no poseer suficiente nivel cultural, casi obsesionado por sus limitaciones intelectuales, a juzgar por la gran cantidad de veces que en sus artículos repetía que le faltaba conocimiento sobre los temas. Quizás también se tomó muy en serio una de las premisas del anarquismo, la de huir del deseo de notoriedad, cultivar la modestia, no pretender destacar sobre el resto de los correligionarios.

No es posible hablar del movimiento anarquista en Norteamérica <sup>2</sup> sin referirse a Pedro Esteve. Durante tres décadas tuvo una actividad ininterrumpida, realizó un inmenso trabajo de agitación y propaganda en los medios obreros españoles, italianos y cubanos de Estados Unidos. En Nueva York, en Paterson (NJ), en Tampa (FL), en los campos mineros del oeste, entre los obreros textiles, los tabaqueros, los mineros, los trabajadores del mar y de los muelles, fue la figura libertaria española más influyente. Viajaba a cualquier parte del país para realizar alguna labor que consideraba importante. Por

ejemplo, hizo giras de propaganda de varios meses entre los mineros del Oeste.

Sin embargo, es un personaje difuso, opaco, escurridizo. En un libro publicado en Valencia en 1935 se recopilaron sendos ensayos de Malatesta y Esteve escritos en 1922 tras el Congreso de Biel (Suiza) que conmemoró los cincuenta años del de Saint-Imier. En la presentación, en una breve semblanza biográfica de Esteve, se dice que perteneció a aquella falange de luchadores entre los que había que citar a Anselmo Lorenzo, Farga Pellicer, Ricardo Mella, Tarrida del Mármol y José Prat, todos los cuales dejaron una gran obra educadora <sup>3</sup>. En efecto, Esteve fue compañero y amigo de todos estos anarquistas, figuras muy conocidas en el anarquismo español. Esteve es, sin embargo, el único del que apenas se ha oído hablar.

Su nombre y su apellido son ambos muy corrientes en España, desde un fraile franciscano del siglo XII, el «pare Pere», hasta un político nacionalista contemporáneo fallecido prematuramente en 2005. Hubo muchos Pedros Esteve en Cataluña y en el resto de España. Según los registros de Ellis Island, bastantes personas con ese apellido emigraron a Estados Unidos. Es, además, fácilmente confundible con otros apellidos parecidos y, de hecho, a Pedro Esteve, las fuentes —tanto coetáneas como historiográficas— lo suelen citar mal. Le llaman Estuve <sup>4</sup>, Estave <sup>5</sup>, Esteves <sup>6</sup>, Estévez <sup>7</sup>, Esteban <sup>8</sup>, etc. Incluso algunos camaradas allegados se refieren a él con un apellido erróneo. El cubano Carlos Baliño le llamó Pedro Estévez <sup>9</sup>. En la prensa burguesa norteamericana aparece como Festeve. Su apellido, muy común y a la vez muy dado a distorsiones y cambios, puede ser una de las razones de que se le confunda con otro, o se den sobre él datos erróneos <sup>10</sup>, o directamente no se le mencione, pero obviamente no es la única.

Muchos autores le confunden con otro anarquista, Juan Baptista Esteve, más conocido como Leopoldo Bonafulla, compañero de Teresa Claramunt. Los dos Esteve fueron directores del periódico *El Productor* de Barcelona, si bien en distintas épocas, y ambos realizaron una gira de propaganda por Andalucía, pero con una diferencia de más de diez años (la de Bonafulla, en compañía de Claramunt, en noviembre de 1902; la de Esteve, acompañado por Malatesta, en enero de 1892).

Los biógrafos de Malatesta, íntimo amigo de Esteve, no lo mencionan, o solo de pasada. Max Nettleau, el erudito anarquista e histo-

riador del anarquismo, en su *Errico Malatesta*, solo lo cita para decir que en el periódico *El Despertar* de Pedro Esteve se publicaron artículos de Malatesta <sup>11</sup>. Ni siquiera se refiere a él cuando habla de la gira de conferencias de Malatesta por España. Resulta aún más curioso por cuanto el prólogo de ese libro fue escrito por el propio Esteve. Tampoco lo menciona Vernon Richards <sup>12</sup> en su biografía, en la que afirma que fueron «los amigos anarquistas italianos» los que le invitaron a ir a Paterson.

Si su nombre es fácil de confundir, tampoco su carácter parece invitar a que se tenga de él un vívido recuerdo. No tuvo un temperamento desbordante, ni destacó por una habilidad o virtud extraordinarias. No fue especialmente original. A diferencia de Kropotkin, Lorenzo, Abad de Santillán, Urales, Peirats, Pestaña, Federica Montseny, etc., Esteve no escribió sus memorias o autobiografía, un género muy habitual en el mundo anarquista, quizás porque la muerte le llegó inesperadamente en plena madurez. Tampoco escribió cuentos, novelas, dramas o poesía, que fue una actividad frecuente entre los anarquistas. Sus amigos Palmiro de Lidia y Antonio Pellicer sí escribieron obras literarias para ser leídas o representadas en las veladas artísticas y otras fiestas obreras. Muchos de los teóricos anarquistas que se distinguieron sobre todo por escribir ensayos sociológicos, hicieron pinitos literarios, como Lorenzo, que escribió cuentos y alguna novela, así como Llunas, Mella o Urales.

Pedro Esteve está asimismo muy ausente de la historiografía. Las referencias son muy escasas. Solo existe un artículo que dedica atención a su figura, cuyo autor es Joan Casanovas <sup>13</sup>. Algunas otras referencias aparecen aquí y allá, la mayoría de las veces muy escuetas. De todas las fuentes secundarias consultadas, la única cita algo extensa es la de Antonio Bernal al describir el «perfil de algunos protagonistas» de aquella «minoría muy cualificada de emigrados» que hicieron de «enlace entre los grupos obreros y sindicales españoles y americanos». Bernal traza una semblanza atinada, aunque muy fragmentaria, del personaje:

«De la primera oleada de emigrados, de 1880 a 1900, con clara incidencia en las organizaciones obreras y sindicales de las repúblicas americanas, un caso singular sería el de Pedro Esteve, uno de los más significativos emigrados a Estados Unidos, a donde llegó en 1892 para residir hasta su muerte en 1925. Esteve era impresor en Barcelona, con un talento natural poco común que le permitió adquirir una cierta cul-

tura, desempeñando importantes puestos en las organizaciones obreras de su oficio, junto con Farga Pellicer, Anselmo Lorenzo, José Lluñas, etc. Como anarquista, realizó una importante labor en pro de la celebración de los Primeros de mayo de 1890, 1891 y 1892. En 1887 fue secretario de la Comisión federal de la Federación Regional Española (FRE), director de *El Productor* en 1888, miembro del *Certamen Socialista* celebrado en Barcelona en 1889 y principal organizador del *Congreso de las Federaciones Obreras*. Participó junto con Tarrida del Mármol en el *Congreso Socialista Internacional de Bruselas* de 1891, de donde los sindicalistas [*sic*] españoles fueron expulsados por sus posiciones anti-políticas, y en 1892 llevaba a cabo una intensa campaña de propaganda por toda España junto con Enrico Malatesta cuando, perseguido, pudo escapar a Nueva York; allí formó parte de la redacción de *El Despertar* —editado por los ácratas tabaqueros cubanos—, fundó después *Cultura Obrera* y publicó entre otros libros el titulado *Reformismo, dictadura, federalismo*. Díaz del Moral considera a Pedro Esteve como el alma del movimiento obrero hispano en Norteamérica, líder indiscutible de los casi ciento cincuenta mil obreros de habla española —españoles y cubanos, principalmente— que había hacia 1925 en la capital neoyorkina y que, anarquistas o sindicalistas, se afiliaban a la IWW. También organizó a los trabajadores españoles dedicados a tareas de la mar, con base en el puerto norteamericano»<sup>14</sup>.

Desde las filas anarquistas, Alberto Martín, Vladimiro Muñoz y Federica Montseny redactaron un librito titulado *Breve Historia del Movimiento Anarquista en Estados Unidos de América del Norte*<sup>15</sup>. Su primera idea había sido hacer una biografía del anarquista español, exiliado en Estados Unidos, Frank González, pero los autores pronto se dieron cuenta de que ello no era posible sin abarcar la vida y las actividades de todo el movimiento anarquista hispano en Estados Unidos, y se convencieron de la necesidad de rendir homenaje a todos aquellos compañeros que formaron allí a muchos obreros en la militancia anarquista:

«Hora era ya de que todo esto fuera conocido, historiado, que toda esta labor perseverante y silenciosa recibiera, por lo menos, el premio del conocimiento. [...] una simple biografía de un compañero muerto en Estados Unidos pasa a ser la tentativa, no sabemos si feliz, de una cronología de la acción continuada de muchos hombres que, en el trabajo de la propaganda y de la solidaridad, de la divulgación

de las ideas y de las luchas por una sociedad mejor, se han sucedido sobre tierras americanas.

Después del movimiento libertario judío y a la par del italiano, el español constituyó uno de los conjuntos étnicos más importantes. Se publicaron diversos periódicos y revistas en español, y se crearon numerosos centros»<sup>16</sup>.

Entre todos esos españoles anarquistas, los autores del librito advertían de la especial importancia de uno, Pedro Esteve, que consiguió crear un fuerte movimiento anarquista de habla española en Estados Unidos. Ya antes de emigrar a Estados Unidos, en las fases formativas del anarquismo español, Esteve tuvo en Barcelona un papel fundamental. ¿Por qué entonces se sabe tan poco de él? Mi hipótesis es que, aunque el hecho de que emigrara y no volviera nunca a España puede ser parte de la explicación de que sea un personaje tan extrañamente borroso, no es toda la explicación. Esteve quiso siempre actuar sin demasiada proyección hacia afuera. Tenía interés en ser discreto y hacerse pasar por un serio, tranquilo y aplicado administrador de un periódico.

Me he preguntado también cómo un obrero culto, a quien su oficio de impresor le permitió adquirir una amplia —aunque desordenada— cultura, que fue descrito por sus compañeros como un hombre de una gran integridad moral, fue también, durante sus años de mayor actividad, partidario de la llamada «propaganda por el hecho», es decir, de la utilización de la violencia y el atentado personal contra reyes y gobernantes. Dostoievski, en su novela *Los demonios*, basada en hechos reales inspirándose sobre todo en el nihilismo ruso, reflexionaba sobre cómo era posible que los hombres de corazón más puro pudieran verse involucrados en una maldad tan monstruosa como un asesinato. «En nuestro país, señalaba, es posible cometer la acción más infame y repugnante sin ser un malvado. Y no solo en nuestro país, es así en todo el mundo»<sup>17</sup>. La moralidad anarquista no estaba reñida con la violencia. En aquel mundo anarquista de entre siglos no era en absoluto contradictorio que una persona descrita como un ejemplo moral y como alguien de gran humanidad estuviese al mismo tiempo a favor de la violencia, que siempre se justificaba como contraviolencia frente a una sociedad terriblemente injusta y un capitalismo despiadado.

La sociedad era tan injusta que muchos anarquistas creían que había que destruirla como una especie de catarsis. Era necesaria la puri-

ficación de la destrucción para, de las cenizas, construir una sociedad nueva<sup>18</sup>. De ahí la fascinación por la dinamita. Las bombas representaban algo hermoso ya que simbolizaban el fuego purificador. La mística de la violencia fue un componente esencial del anarquismo de aquella época. Igual que en el cristianismo la sangre de los mártires era semilla de cristianos, los anarquistas creían que la sangre de los mártires anarquistas era semilla de nuevos adeptos a la causa. En ese sentido, muchas de sus acciones se hacían sabiendo que no iban a triunfar, pero no importaba porque se habría cumplido, creían, el objetivo de expandir la semilla. Los mártires de la causa eran glorificados por su forma «heroica» de morir. Pío Baroja, en el título de un capítulo de su novela *Aurora Roja*, «Los devotos de Santa Dinamita», nos insinúa esa relación mística, de culto.

Lo que tenían en frente era el aparato represor estatal. En España se utilizó al Ejército y a la Guardia Civil militarizada para disolver con armas de fuego las manifestaciones obreras radicales. Las fuerzas del orden público eran las que siempre causaban más muertos. Igual que hubo un movimiento transnacional anarquista, lentamente se desarrolló también un movimiento transnacional represivo por parte de unas policías nacionales cada vez más coordinadas a nivel internacional, pero que fueron siempre a la zaga. Los contactos y convenios entre las policías de los distintos países comenzaron en la última década del siglo XIX. Un hito fue la celebración en Roma de la Conferencia Internacional Antianarquista de 1898. Se firmaron protocolos bilaterales entre diferentes gobiernos para el intercambio de información sobre vigilancia de anarquistas. Pero durante mucho tiempo los controles migratorios no fueron demasiado eficaces y los anarquistas burlaron la ley y cruzaron el océano clandestinamente, embarcando con nombre y oficio falsos o bien como polizones. Para impedir el arraigo del anarquismo en los países de América, sus gobiernos trataron de prohibir el embarque en Europa de extranjeros indeseables y dictaron leyes de expulsión y deportación de los considerados peligrosos que habían conseguido llegar.

Mirando el retrato de Esteve, se observa a un individuo de porte serio, pulcro, digno, sereno. Era del género austero, sobrio, estudioso, libresco, de costumbres ordenadas. No es esta una semblanza rara entre los anarquistas, muchos de los cuales eran gente de moral estricta, puritanos en más de un sentido, que aborrecían el alcohol y los juegos de azar porque minaban la salud y los recursos de los obre-

ros. Una característica de muchos intelectuales obreros era su pulcritud en lo que se refería a su apariencia personal; vestían de forma atildada, con traje, corbata, reloj y cadena, un porte que les daba dignidad. Enfrentados a constantes humillaciones, esa pulcritud era un gesto de orgullo. Compensaban sus limitadas posibilidades económicas con una especie de aristocracia del espíritu.

Esteve vivió en la época «gloriosa» del movimiento anarquista, en que millares de personas se sintieron seducidas y otras tantas repe-lidas por él. Se dedicó de una forma casi religiosa a la «causa», creyendo obligado llevar una vida de gran austeridad en las costumbres, desterrando cualquier tipo de vicio que pudiese corromperle. Fue el prototipo de hombre comprometido, con gran perseverancia y coraje según el modelo señalado por Bakunin y Malatesta, con una formidable entrega al ideal revolucionario. La disposición al sacrificio, como buen anarquista, era un rasgo predominante de su carácter.

Vivió de forma modesta, amando la naturaleza, haciendo excursio-nes campestres dominicales al aire libre, típicas del mundo anarquista. A pesar de su carácter sereno y su aspecto sobrio, fue un incansable agitador, un conspirador, un propagandista. Su idea, la misma que la de Bakunin, fundador del movimiento anarquista internacional, fue la de tejer una red de relaciones, organizar un núcleo reducido com-puesto por anarquistas entregados en cuerpo y alma al servicio de la revolución social, fieles, enérgicos, decididos, con plena confianza los unos en los otros, unidos entre sí por un compromiso solemne y se-creto para promover y dirigir de manera invisible la revolución <sup>19</sup>.

Profundizando en el conocimiento de Esteve y de sus amigos más íntimos, como el conocido anarquista italiano Errico Malatesta, me he preguntado también por qué en la historiografía del anarquismo se ha generalizado la afirmación de que, cuando los anarquistas to-maron conciencia de que la táctica terrorista les había dejado aislados y sin posibilidad de avance, se produjo un giro hacia el sindicalismo. Las cosas no son tan sencillas. De hecho, Malatesta y Esteve se com-prometieron con el movimiento obrero y se implicaron en las luchas laborales y sindicales de los trabajadores, lo que no significa en ab-soluto que rechazasen el trabajo conspirativo, incluyendo la prepara-ción de un magnicidio o tiranicidio, que, dada su gran carga propa-gandística, creían que podía alcanzar eco en todo el mundo.

Otro de los temas que me han interesado especialmente es la re-lación del anarquismo con el nacionalismo. La ideología anarquista

reivindicaba que su patria era el mundo entero, así que, en principio, los anarquistas no querían saber nada del sentimiento nacionalista, de luchar contra otros proletarios por un sentimiento patriótico. Sin embargo, la nación les importaba; en la emigración y el exilio se agruparon en barrios por nacionalidades, siguieron con gran atención lo que pasaba en sus respectivos países de origen, conservaron sus tradiciones y su cultura, compartieron recuerdos del país de procedencia, canciones, mitos y sobre todo la lengua materna.

En la guerra de la independencia de Cuba fueron muchos los anarquistas animados a defender la causa patriótica cubana, e incluso a luchar y morir por ella, y luego, al estallar la Primera Guerra Mundial, de nuevo hubo muchos anarquistas, entre ellos personajes tan influyentes como Kropotkin, partidarios de combatir contra los Imperios centrales. Fue, sin duda, un tema en que hubo fuertes discrepancias y tremendos debates, que se ventilaron sobre todo en los periódicos.

### **Biografía y narración**

Entre los diversos y complementarios enfoques que me han resultado útiles en mi investigación, debo referirme al biográfico. En las últimas décadas, el modo en que se entiende la biografía en el trabajo histórico se ha renovado profundamente. Se aborda como un instrumento analítico, una más de las herramientas de las que dispone el historiador, que anima a pensar de forma intensa las relaciones entre lo individual y lo colectivo, entre lo particular y lo general. El enfoque biográfico ofrece una capacidad singular para «la descripción densa» de una época, que puede ser mejor comprendida a través del observatorio que proporciona una vida personal.

Creo que el estudio de una trayectoria vital —ya sea individual o colectiva— es una buena manera de abordar problemas históricos sustanciales al conectar las microhistorias de individuos y grupos concretos con el contexto mucho más amplio del que forman parte, con una mirada macrohistórica. La vida de Pedro Esteve no tiene interés en sí misma sino porque se inscribe en una historia más vasta que ella. Me interesa, sí, penetrar en su modo de pensar, examinar sus intenciones, sus ideas y sus motivaciones, seguir sus esfuerzos por materializar esas intenciones. Pero no entiendo su biografía como el relato cronológico y exhaustivo de su vida. Tampoco me centro en sacar a la

luz su verdadera personalidad, ni indagar en su vida personal para conocerlo como ser humano en su unicidad. Las biografías clásicas tendían a destacar la experiencia personal y única, mientras que mi idea de biografía es más relacional, busco los elementos de una identidad compartida. Me interesa la relación entre el individuo y la colectividad. La biografía, es verdad, privilegia a unos pocos, elegidos como sujetos y elevados a la categoría de actores, pero el objetivo último es sumergirse en su mundo, explorar el ambiente de una época, percibir la atmósfera y descifrar al individuo en una interacción dinámica y dialéctica con las estructuras sociales. Al analizar la formación de Pedro Esteve en Barcelona y, luego, su trayectoria adulta en Estados Unidos, emergen con fuerza y claridad algunas cuestiones en torno al medio sociopolítico y cultural en que transcurrió su vida.

No puedo perder de vista que, en la historia, lo que ocurrió fue en parte responsabilidad de decisiones de individuos concretos cuya actuación tuvo impacto. Pero esos individuos forman parte de una realidad social y cultural más amplia. Para entender a mis personajes necesitaba entender a la colectividad que los había convertido en lo que fueron. Así que es también un relato colectivista de un movimiento social. En esta historia hay un nivel en que están Esteve y sus camaradas, personalidades del anarquismo que cruzaron fronteras, conectados en una red con influencia social, cultural y política, con capacidad de tomar decisiones de trascendencia. Y hay otro nivel, el de la «historia desde abajo» de los obreros que emigraron en masa en busca de trabajo, o huyendo de la persecución, que ya eran anarquistas en sus países de origen o que pronto iban a serlo en los países de destino. El masivo flujo de obreros europeos emigrantes fue decisivo para la difusión de las ideas anarquistas en los diversos países de América. Me interesan sus experiencias reales, la transmisión de valores y actitudes, los mecanismos de afirmación identitaria, sus tradiciones culturales. El trasfondo es el de los efectos de la segunda industrialización, con sus agudas desigualdades sociales, los bajos niveles de vida de las clases trabajadoras, pero haciendo hincapié en lo cultural, lo subjetivo, lo vivido y experimentado. Estados Unidos, la «república modelo» de la libertad y la prosperidad, resultó ser para las masas obreras una sociedad injusta y desigual, que las condenaba a la simple supervivencia cuando no a la miseria.

Por mucho que el historiador haga abstracción o borratura del yo, que quiera ser expulsado del texto, que se abstenga de opinar, e

intente hacerse invisible para que no pueda tachársele de subjetividad, lo cierto es que su visión del mundo condiciona su investigación. Debo aclarar que no me mueve hacia el tema y los personajes de este libro una especial simpatía, pero tampoco antipatía. Sí, empatía, que no es lo mismo que simpatía, porque comprender no es lo mismo que perdonar. Quizás mi aproximación es la de una empatía fría o distanciada. El pasado que estudio, el de finales del siglo XIX y comienzos del XX, es un mundo ya lejano desde la perspectiva de hoy, lo que facilita que pueda estudiarse de una forma alejada, desinteresada. Mi motivación principal es hacer visibles y dar voz a personajes que, a pesar de ser prácticamente desconocidos, son históricamente relevantes; quiero rescatar sus vidas olvidadas, marginadas o descentradas, explicarlas, entenderlas. Fueron vidas nada convencionales ni plácidas, sino movidas, controvertidas, complejas, que creo merece la pena registrar. Leyendo sus escritos, de alguna forma converso con los personajes, cuestionando y analizando sus acciones y motivaciones.

Mi pretensión es contar una historia, poner en escena a personajes porque creo que la inteligencia del pasado necesita puesta en escena, retratos, descripciones. Es decir, una historia viva que haga sentir al lector que los hombres del pasado, a pesar de su muerte y la distancia, fueron, como él, seres humanos dotados de vida y atravesados por pasiones.

Este libro habla de la utopía de las ideas anarquistas en el momento en que alcanzaron su mayor influencia y circularon intensamente entre Europa y América. Los anarquistas partían de una crítica rotunda del sistema capitalista existente y tenían un profundo anhelo de otra realidad radicalmente diferente. La ideología anarquista era utópica desde el momento en que sus militantes aspiraban a crear una sociedad nueva, ideal, que no existía y que solo podía ser imaginada. Era en el futuro donde ponían todas sus esperanzas. Tenían la certeza de que en el futuro la utopía se realizaría, que un mundo perfecto se alcanzaría. Ese cambio radical no solo lo creían posible, sino urgente, necesario, dadas las condiciones sociales que juzgaban totalmente intolerables:

Hubo un tiempo —ha señalado Javier Paniagua— en que las gentes creían en las transformaciones revolucionarias. Pensaban que los tiempos iban a alterarse radicalmente y las formas políticas, sociales y

las costumbres serían distintas para dar paso a nuevas formas de vida y convivencia, a profundos cambios en los sistemas productivos»<sup>20</sup>.

Desde la perspectiva de hoy, sabemos que lo que buscaban tan afanosamente nunca ocurrió; en ese sentido, son vidas en cierto modo fracasadas, pero no debemos, creo, caer en la tentación de leer la historia hacia atrás, sabiendo como sabemos que su utopía no se realizó, que no se produjo la emancipación de la humanidad. Es importante tener muy en cuenta la perspectiva de los anarquistas de aquella época: la convicción de que el proyecto anarquista acabaría por realizarse y que merecía la pena luchar por él para tratar de acelerar el cambio.

El historiador que trata de comprender un mundo que ya no es el suyo debe ser consciente de la brecha entre aquel mundo y el suyo propio, o, como diría Lowenthal, el pasado es «un país extranjero». Debe evitar la trampa del anacronismo, que la mayoría de las veces adopta la forma de *presentismo*, la tentación de proyectar nuestras propias realidades sobre las realidades del pasado. Una verdadera aproximación histórica a los textos ha de ser consciente de que fueron escritos en una situación y una tradición particulares, de que sus argumentos se dirigían a una audiencia específica y de que las preocupaciones a las que intentaban responder no son ya seguramente las nuestras.

Se trata de descubrir un mundo distinto al nuestro y de recuperar los testimonios de los diversos actores para saber cómo entendían ese mundo. Yo quiero intentar ver el mundo tal y como lo veían esos hombres. La historia introduce inteligibilidad en la vida de los desaparecidos a fin de que el mundo pasado sea menos confuso. Creo que vale la pena intentar reconstruir un período histórico fascinante y las trayectorias de los individuos que tuvieron su parte en él. En una breve reseña biográfica de Pedro Esteve publicada en su periódico a los dos años de su muerte, se señalaba que era muy necesario completar los datos de su biografía para que no quedase incompleta y que, si se dejaba pasar el tiempo, se haría cada vez más difícil, pues las fechas se olvidaban y los hombres que le habían conocido irían poco a poco desapareciendo<sup>21</sup>. Nadie lo hizo entonces. Casi cien años después, he tratado yo de acometer la tarea.